



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 45. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 10 DE NOVIEMBRE DE 1861.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO V.

REVISTA DE LA SEMANA.



Ocos espectáculos pueden citarse semejantes al simulacro que tuvo lugar en la dehesa de los Carabancheles el martes pasado. Los repetidos anuncios de maniobras tan vistosas como variadas, la hermosura de un delicioso día de otoño, y la asistencia de los reyes y de la embajada marroquí, fueron otros tantos poderosos estímulos para levantar la población de Madrid y ponerla en marcha hacia el campamento.

Desde las siete de la mañana, se notaban ya en la corte los preparativos de la fiesta militar; las músicas y tambores despertaban al pacífico vecindario anunciándole la hora de prepararse para el combate, las escoltas y ayudantes iban y venían en todas direcciones; los omnibus, coches, carros, tartanas y otra porción de vehículos que se resisten á toda clasificación, ocupaban los puntos que á su dueño parecían mas estratégicos desde la Puerta del Sol hasta el Puente de Segovia.

A las doce, reunidas ya las tropas, empezó el simulacro, perfectamente mandado segun unos, y reducido á muchos tiros segun otros. Jugaron mas de cien piezas de artillería, y hubo ataques y retiradas, cargas y movimientos estratégicos, y por último asalto y toma de un fuerte construido por los ingenieros, sobre el cual ondeó la bandera negra durante el ataque.

Muchos incidentes dignos de mencionarse tuvieron lugar; pero entre ellos citaremos el entusiasmo que en el paisanaje despertó el simulacro, y la parte activa, no anunciada en el programa, que tomó en la fiesta. Al atacar por última vez el fuerte, un inmenso número de paisanos se agregó á los soldados y confundido con ellos

escaló la trinchera y victoreó la bandera española que se enarboló acto continuo como en señal de triunfo. A muchas reflexiones que no podemos hacer nosotros se presta este hecho. Unos han visto en él nuestro guerrero entusiasmo, otros una prueba de adhesión á las instituciones que dicen representa el ejército, y algunos una broma de este pueblo de buen humor, que no pierde ocasion de divertirse. De todo creemos que haya un poco; pero atendiendo á que si unos atacaron el fuerte con entusiasmo, otros hubieran querido defenderle lo mismo, nos parece que indica que el pueblo de Madrid es tan bueno para atacar como para defender, y que ni los fuegos le intimidan, ni los cañones le asustan, ni el aparato militar le conmueve mas que para enardecerle.

La familia real presenció el simulacro desde un kiosko chino tan bonito como impropio de un campamento.

Asistieron á esta fiesta de cuarenta á cincuenta mil espectadores, es decir, la quinta parte de la población de Madrid, y mas de mil quinientos carruajes, cuyos precios rayaron á una altura fabulosa. A la una de la tarde un asiento en un desvencijado omnibus costaba cuarenta y seis reales. Los coches de plaza dieron trisísima idea de su fortaleza, dejando el camino cubierto de lanzas, ruedas y cristales, y de caballos muertos ó moribundos, ni mas ni menos que si hubieran asistido á un combate formal. La carestía de comestibles fue escesiva, —y segun los precios de algunos, que ha publicado un periódico, asegurando que será con el tiempo un curioso dato histórico,—el pan estaba á cuatro reales y el agua á seis cuartos vaso.

Después de esta magnífica fiesta descansó la población hasta el viernes, en que tuvo lugar otra muy distinta: la apertura de las Cortes, que se celebró en el Senado con la solemnidad de costumbre.

Asistió á esta ceremonia toda la familia real, ocupando el primer lugar en la comitiva don Sebastian. También asistió la embajada marroquí, para cuyos individuos y especialmente para el príncipe, habrá sido un espectáculo curiosísimo ver á la reina de España dar cuenta de los actos de su gobierno á una corporación que ha de juzgarlos con toda libertad.

El discurso de gran estension, y escrito, segun se dice, por el señor Calderon Collantes, ministro de Estado, anuncia una nueva reforma constitucional, una ley de imprenta, otra electoral y reformas en la instrucción pública.

Aun no estaban terminadas unas obras que con gran pompa se anunciaron en la fachada del antiguo palacio

de doña María de Aragon, y hubo que cubrir con tablas muy bien pintadas parte de la fachada, lo que dió lugar aquel día á muchas y felices ocurrencias. En nuestro concepto mas valia no haber hecho reforma alguna: la fachada estaba en armonía consigo misma, y no habia necesidad de tocarla para que lo estuviera con la época moderna, lo que segun se ha dicho ha sido el objeto de la obra. Los inteligentes hallan muchos defectos en ella, y parece que no ha costado poco trabajo hallar una decoracion para el frontis que esté en armonía, segun exigia el pliego de condiciones, con los balcones de miriñaque que se han puesto en toda la fachada.

Ha visto la luz pública el primer tomo de una obra que toda la prensa ha elogiado antes de publicarse: la *Historia crítica de la literatura española*, por don José Amador de los Rios. El primer tomo abraza la época romana y la visigoda, analizando las obras de Séneca, Lucano, Quintiliano, Marcial, Silio Itálico y otros de la misma época. Entre los poetas y prosistas latinos ocupan un buen lugar San Isidoro, San Leandro, San Ildefonso, San Eugenio y los poetas cristianos Juvenco y Prudencio.

Aunque nuestro objeto es simplemente referir lo mas notable que haya ocurrido en esta semana, no se crea que renunciamos á hablar de lo que pasará en la siguiente, por gusto propio, sino porque no podemos hacerlo careciendo del don de profecía. Pero en las obras de un tal Tomás José Mould, publicadas hace mas de un siglo, este sabio, que no participaba sin duda de nuestra humana debilidad, hizo el pronóstico de los tiempos, segun el cual corresponde al año 1861 lo siguiente:

«La primavera en este año será lluviosa, y habrá mucho viento. Nada diré del estío. (Esta falta de pronóstico forma una escepcion única durante todo el periodo de los veinte y ocho años de este ciclo).

El otoño será seco y bueno hasta el fin.

El invierno será suave y húmedo.

Habrá mucho trigo, poca cebada: los trigos serán muy caros hasta la cosecha.

Los vinos buenos serán muy caros y muy buscados; pero bajarán de precio al hacerse la vendimia, lo mismo que los demás géneros, lo que significará buen tiempo; no convendrá comprar vino para guardarlo, porque no se venderá, á causa de que los artesanos estarán pobres y el dinero escaso en bien de los Estados de la cristiandad.

Gran desavenencia de un rey con el papa.

Institucion de una gran orden de caballería en un gran reino.

Descubrimiento hecho por una nacion gloriosa de un país muy rico y muy abundante.»

Nuestros lectores tendrán cuidado, si quieren, de ver si la profecía se cumple.

Los teatros han ofrecido pocas novedades: el de la Zarzuela ha divertido á sus abonados con el *Estebanillo* y las mismas piezas de la anterior semana: en el de la plazuela de la Cebada se ha representado con bastante concurrencia el conocido drama fantástico religioso *Don Juan Tenorio*. Ahora se prepara en este teatro una soberbia funcion de un drama de gran espectáculo titulado: *El Corpus de Sangre!*

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EL DOCTOR E. JENNER.

Han dicho algunos, y óyese repetir á menudo, que la mayor parte de los grandes descubrimientos se deben á la casualidad. En mi sentir, esto no es exacto. Prescindiendo de que en el fondo, lo que llamamos casualidad no es otra cosa que la ignorancia de las causas físicas, así como llamamos destino á la ignorancia de las causas morales, no hay mas que ver las épocas en que aparecen los grandes descubrimientos, y examinar á los hombres que los hacen, para convencerse de que todo ello es sabiamente providencial, sin intervencion alguna de la casualidad, ni del capricho, palabras vacías de sentido para el que no desconoce el maravilloso encadenamiento de las causas y la finalidad necesaria de los hechos.

Estúdiense los grandes descubrimientos, la brújula, el alcohol, la pólvora, la imprenta, el Nuevo-Mundo, la atraccion universal, la electricidad, el vapor, el pararrayos, la fotografia, etc., y siempre se encontrarán debidos á algun hombre de talento, á un talento de aquellos que se remontan á la induccion por la vista de un solo hecho, y de un hecho para los demás hombres insignificante. Esa generalizacion tan rápida como certera es una especie de súbita inspiracion, es una especie de sugestion de la Providencia, en cuyos impenetrables designios entra el dotar á la pobre humanidad de conocimientos importantes y trascendentales que en balde pediría á su menguada y finita inteligencia. Esos hombres escogidos se llaman Bacon, Guttemberg, Cristóbal Colon, Newton, Keplero, Galileo, Copérnico, Watt, Francklin, Daguerre; y entre esos hombres señalados por el dedo de Dios se cuenta JENNER, el descubridor inmortal de la vacuna.

Los lectores de EL MUSEO se complacerán sin duda en saber algunas particularidades de la vida del insigne médico inglés, y vamos á satisfacer su natural deseo.

Eduardo JENNER nació el 17 de mayo de 1749, en Berkeley, condado de Gloucester. Su padre (Esteban Jenner), era maestro en artes de la universidad de Oxford, rector de Rockhampton, vicario de Berkeley, y poseía tierras considerables en el Gloucestershire. Su madre era hija de Enrique Head, que habia sido pastor de la parroquia de Berkeley, y despues canónigo prebendado de Bristol.

En edad temprana quedó huérfano de padre: haciéndole, empero, veces de tal su hermano Juan Jenner, pudo sentir menos aquella pérdida.

Recibida su primera educacion en Cirester, encargóse de él Daniel Ludlow, distinguido cirujano de Sudbury, quien le sirvió de maestro hasta el año 1770, en que se trasladó á Londres, donde pasó dos años en casa del célebre Juan Hunter. Este adivinó al punto las dotes mentales de su alumno, y le hizo tomar parte en varios de sus trabajos quirúrgicos y de historia natural.

Proyectábase por entonces el primer viaje del capitán Cook alrededor del mundo, y pensóse agregar á JENNER á la expedicion, como versadísimo naturalista; mas él rehusó las ventajosas proposiciones que se le hicieron, prefiriendo quedarse al lado de aquel hermano querido que le habia servido de padre. Entonces fue cuando se estableció como cirujano en Berkeley.

Un curioso incidente ocurrió, que á poco mas le arrebató del lado de aquel hermano á quien acababa de sacrificar los brillantes ofrecimientos de Hunter y del capitán Cook. Hallábase en Bath de comensal en un espléndido banquete, donde tratándose de calentar algo por medio de una bujía, se discutió si seria mejor mantener el objeto encima de la llama, ó sumergirlo en ella. JENNER se hizo acercar la bujía, y resueltamente puso el dedo en el mismo centro de la llama, manteniéndolo allí bastantes segundos; lo colocó en seguida perpendicularmente á la llama, y tuvo que darse buena prisa á retirarlo en seguida: «Ya lo veis, señores (dijo); me parece que es inútil seguir discutiendo.» Al día siguiente recibió una carta del general Smith, otro de los convidados, y que antes no conocia á JENNER, brindándole á pasar á la India con un empleo que á los tres

años de desempeño le aseguraba una pension de trescientas libras esterlinas. Dió cuenta de esta proposicion á su hermano, y parte por cariño á este, parte por su amor al país natal, acabó por negarse á aceptarla.

JENNER, en un pueblo de provincia, ocupaba los ocios de la práctica de la cirugía, en el ameno estudio de la fisiología y de la historia natural. En ambas ciencias se distinguió por su ingenio. Sus originales y curiosas observaciones sobre el cuclillo, consignadas están con todo aplauso en las *Transacciones filosóficas* de Londres, del año 1788, despues de valerle la codiciada honra de ser admitido miembro de la Sociedad Real de Londres.

Hizo todavía mas JENNER: se propuso demostrar, por medio de la anatomía comparada, que los tubérculos que se encuentran en el pulmon del hombre, no son otra cosa que hidátidas;—discurrió un procedimiento nuevo, y por demás espedito, para obtener el tártaro emético;—y por último, esclareció grandemente la etiología de la angina de pecho.—Todos estos descubrimientos, empero, son de ínfimo orden comparados con el que le estaba reservado hacer al cabo de algunos años.

Siempre que se hace algun descubrimiento ruidoso, salen eruditos rancios y anticuarios mas ó menos eruditos, que, cual por secreto instinto de envidia, tratan de rebajar el mérito del descubridor, alegando hechos mas ó menos pertinentes, y pretendiendo que el invento venia ya preparado desde muchos siglos antes. Así, se dijo de JENNER que las tradiciones populares, las noticias de varios amigos, la lectura de algunos libros en lengua sanscrita, etc., le habian puesto en la senda del descubrimiento de la vacuna.

No perdamos el tiempo en combatir esas objeciones pueriles, y digamos desde luego que JENNER, y solo JENNER, fue el sagaz observador de que en las grandes inoculaciones que en ciertas épocas del año se hacian entonces de la viruela, se encontraban individuos absolutamente rebeldes para recibir la infeccion variolosa. Corria entonces el año 1776, y JENNER no cesaba un punto de preguntarse: ¿cuál será la causa de tan rara inmunidad?

Perseverante y tenaz, é inspirado por el talento observador de que le dotara Dios, fue descubriendo sucesivamente que las personas refractarias á dejar prender la viruela, estaban casi todas empleadas en las lecherías y casas de vacas, y que habian contraído pústulas en las manos ordeñando vacas, cuyo pezon presentaba una erupcion conocida con el nombre de *cow-pox* (picota ó viruela de las vacas, vacuna), y comun en las que se apacentaban en lugares húmedos;—que el *cow-pox* procedía del gábarro de los caballos, y que las vacas lo contraian por efecto de ordeñarlas, sin lavarse las manos, los mozos que habian tocado el pus ó material que rezuma en aquella enfermedad que padecen algunos caballos en los asientos de manos y piés;—que el *cow-pox* se inoculaba recíprocamente de la vaca al que la ordeñaba, si este no habia pasado la viruela y tenia muy fina ó escoriada la piel de la manos;—y, por último, que el *cow-pox*, que él denominó desde luego *variola vaccinae*, preservaba de la viruela, y que no solo podia inocularse de la vaca al hombre, sino tambien de un hombre á otro.—Es preciso leer la obra que, con el título de *An inquiry into the causes and effects of the variolæ vaccinae, a disease known by the name of the cow-pox*, publicó en Londres, el año de 1798, en 4.º, y con cuatro láminas iluminadas, para comprender toda la finura, sagacidad y tino de sus observaciones, de sus ensayos y de sus experimentos. Su infatigable ardor y su providencial perspicacia, disiparon todas las dudas, arrollaron todos los obstáculos, dieron satisfactoria solución á todas las objeciones, y desde el año 1800 quedó reconocido y proclamado que el doctor EDUARDO JENNER habia hecho un descubrimiento que habia de librar al mundo de uno de los mas funestos azotes físicos, disminuir el número de ciegos y estropeados, asegurar la nativa belleza de la especie humana, y alargar el promedio de su vida. ¡Gloria sin fin á la Providencia divina! ¡Gloria inmortal á su instrumento escogido, al médico inglés doctor JENNER!

Desde entonces tuvo este que abandonar su idolatrado valle de Gloucester y trasladarse á Londres.

Allí mantuvo una correspondencia inmensa, y se dedicó con apostólico afán á vulgarizar su descubrimiento. Eran tantas las cartas, tantos los libros y periódicos que de todas las partes del mundo recibía, que se vió precisado á pedir por favor á sus amigos y admiradores, que no le arruinaran con los portes de correo y los derechos de aduana. Y, sin embargo, no podia llamarse pobre, pues ha sido JENNER una de las pocas celebridades que han obtenido mediana recompensa en honores y en dinero.

Desde luego todas las academias y sociedades médicas de Inglaterra, y del resto de Europa, se apresuraron á inscribirle en sus registros, y á manifestarle el alto aprecio que hacian de su descubrimiento.

En 1801, los médicos y cirujanos de la armada inglesa mandaron acuñar en su honor una medalla que en el anverso representa á Apolo, dios de la medicina, devolviendo á la Inglaterra un marinero salvado por la vacuna, y la figura de la Inglaterra lleva en la mano una corona cívica en cuyo centro se lee el nombre de JENNER. La inscripcion de esta cara dice: *Alba nautis*

stella refulsit. En el reverso está grabada una áncora, encima de la cual se lee: *GEORGIO III rege*.

En 1802, Catalina II, emperatriz de Rusia, le escribió en los términos mas lisonjeros, remitiéndole junto con la carta un diamante precioso.

El parlamento inglés, despues de haberle dado dos votos públicos de gracias, acordó, en 2 de junio de 1802, de reales de vellon), y suplicar al rey que se dignase añadir 500 libras mas á dicha suma.—El canciller del echiquier, al apoyar la mocion del regalo, hecha por el almirante Berkeley, declaró que «la Cámara podia votar sin escrúpulo, en favor de JENNER, la recom-pensa que quisiese, segura de que se trataba de uno de los descubrimientos mas importantes que se han hecho desde la creacion del mundo, y que no habia palabras con que encarecer su mérito.»

En 1804, JENNER fue nombrado alcalde de Cheltenham, pueblo famoso por sus aguas minerales. Aceptó el cargo, abandonó á Londres, y compartía el tiempo entre el estudio y el desempeño de sus funciones municipales.

En diciembre de 1805, el lord corregidor y los aldermen de Londres quisieron atraerle otra vez á la capital, brindándole con los derechos y franquicias de ciudadano, cuyo diploma le enviaron dentro de un soberbio estuche guarnecido de diamantes; pero JENNER, con motivo de su salud, por la sencillez de sus costumbres, y por su aficion á la vida rural, se resistió á las instancias del cuerpo municipal de Londres.

En 1807 recibió una nueva recompensa nacional de cien mil duros (20,000 libras esterlinas).

En medio de tantos homenajes y de tan solemnes distinciones, siguió JENNER en su siempre modesta laboriosidad hasta el dia de su muerte, acaecida el 26 de enero de 1823 (á la edad de setenta y cuatro años).

JENNER ha muerto, pero su nombre no morirá en la historia, y las familias lo pronunciarán eternamente con amor y respeto. JENNER tuvo en vida émulo y detractores, y despues de su muerte ha tenido y tiene acerbos impugnadores su descubrimiento de la vacuna. Preténdese nada menos sino que la vacuna es una calamidad, por cuanto, si bien es cierto que va estinguendo la viruela, hace mas frecuentes otras enfermedades: cierto es (dicen algunos) que mueren menos niños de viruelas, pero muchos de estos niños morirán, cuando mozos ó adultos, del tifo ó de la tisis!!! ¡Baldías impugnaciones! El sentido comun, el raciocinio, la esperiencia y la estadística, las pulverizan por completo. La vacuna ha sido, y será, un tesoro precioso, y su descubridor será siempre mencionado entre los bienhechores de la humanidad. A pesar de todos los sofismas de algunos entusiastas preocupados, la práctica de la vacunacion, asegurada mas y mas por la revacunacion, va ganando terreno (¡lástima que no lo gane mas á prisa, sobre todo en España!), y produciendo los mas beneficiosos resultados. Los Gobiernos estimulan con premios á los inoculadores de la vacuna, y las Academias levantan estatuas á JENNER. A la ereccion de una de ellas, inaugurada no ha mucho en Boulogne (paso de Calais), mirando á Inglaterra, se gloria de haber contribuido con una modesta suma el autor de estas líneas.

P. F. MONLAU.

PLAZA DEL GRAN DUQUE EN FLORENCIA.

Es Florencia una de las mas hermosas ciudades de Italia que, llena como sus demás hermanas, de monumentos artísticos y de preciosas obras de arte, presenta á la vista del viajero y del curioso, un vasto museo al aire libre, que el que pasa, puede admirar al recorrer las calles de aquella ciudad. Mas de doscientas estatuas, obras de la antigüedad y obras del renacimiento, se destacan por do quiera, y en sus galerías se encuentran obras del cincel griego, que como la Venus de Médicis, y el Fauno danzante y la Niobe, serán siempre la desesperacion de los artistas; pues solo Grecia conoció el admirable secreto de animar los mármoles, y prestarles la serena y pura belleza que admiran los siglos sin acertar á reproducirla.

La patria del Dante y Petrarca, la de Andrés del Sarto y Cimabue, puede gloriarse de ser una de las ciudades de Italia, en que el artista tenga mas que admirar, pues cuadros, estatuas, arcos, palacios, todos, todos dicen al viajero que los hijos de Florencia han tenido siempre por el arte el mas santo entusiasmo.

No es nuestro ánimo hacer aquí una descripcion completa de Florencia y de sus monumentos, y por lo mismo bastará decir que de las diez y siete plazas que cuenta, todas ellas adornadas de palacios y de estatuas, una de las mas bellas, es sin duda la que se llama Plaza del Gran Duque, dicha así porque en ella se halla el *palazzo vecchio*, morada en otros tiempos de los grandes duques.

Esta plaza está adornada con una gran fuente de mármol, y con multitud de hermosas estatuas, entre las cuales se distingue la preciosa gran estatua ecuestre del duque Cosme I ejecutada por Juan de Boloña, el

culo de Eratostenes. Hubo otras mediciones posteriores fundadas en el mismo principio, entre ellas la de Posidonio de Rodas, la verificada en los campos de Sennar en Mesopotamia de orden del califa Almamun, la que ejecutó Jernelio en París, el año 1525, y Norwood, en Londres, el de 1635, las de Holanda é Italia y otras que no recuerdo. Fundada en París, la academia real de ciencias por Luis XIV, tuvo lugar la célebre medicion de Picard, fijando el grado terrestre, unidad de medida, supuesta la forma esférica, en cinco mil setecientos seis toesas.

La diversidad de los resultados obtenidos en cuantas medidas de grados se habian realizado, comenzó á infundir dudas muy fundadas acerca de la perfecta esfericidad de la tierra. Dada la forma esférica, el tamaño ó valor de los grados debía ser sensiblemente igual, salvo ligerísimas diferencias hijas de errores involuntarios en las operaciones. Richer convirtió la sospecha en realidad. Durante el viaje de Francia á Cayena observó que las oscilaciones del péndulo iban constante y progresivamente haciéndose mas lentas.

De este hecho dedujo el célebre Newton que la gravedad disminuía con la latitud, y que este fenómeno solo podia tener origen en el movimiento de rotacion de la tierra ó sea en la desigualdad de la fuerza centrífuga que de él se sigue, y consecuentemente que la figura de la tierra debía ser un esferoide dilatado hácia el Ecuador y aplanado hácia los polos ó lo que es lo mismo que el diámetro de la tierra era mayor que su eje.

Nuevas observaciones, hechas con el péndulo circular ó cicloidal inventado por Huyghens, han comprobado plenamente que la gravedad ó pesadez varía en los diversos lugares de la superficie terráquea y que crece ó aumenta con las latitudes, lo cual solo debía tener efecto siendo la tierra un esferoide lata ú ochatada en los polos como lo habia demostrado Newton.

Pero esta demostracion necesitaba ser comprobada materialmente, y las medidas de los grados terrestres hechos en Francia por Cassini-padre, y repetidas por Cassini-hijo durante treinta y seis años, daban siempre un resultado negativo, puesto que los grados terrestres eran siempre sensiblemente mayores hácia el Ecuador, que hácia los polos. La tierra, aunque de figura esferoidal, no era, pues, chata por esta parte, sino alargada ú oblonga.

Dividióse entonces el mundo científico en dos bandos: seguian unos la opinion de Huyghens y Newton; los otros, la de Cassini y los académicos franceses: nuestro sabio Feijóo, hombre naturalmente inclinado á la práctica, aceptó la teoría francesa.

No era esta empero, una vana disputa de sabios. Co-

nocer la verdadera figura de la tierra era un problema de suma importancia teórica y práctica. Los navegantes quedaban casi sin guía y á merced del acaso: no podian fijarse debidamente la situacion de los lugares en la superficie terráquea: los conocimientos astronómicos habrian de resentirse puesto que era imposible fijar la verdadera paraleja de la luna. ¿Y cómo conocer las leyes reales de la gravedad ó pesadez de los cuerpos, leyes que son el agente general de que Dios se sirve para el gobierno del universo? De estas mismas leyes dependen las de la mecánica, necesaria en tantas ocasiones de la

les no solo el rey de España el permiso para que así lo efectuase, sino que nombró otra comision científica española, costeada por nuestro gobierno para acompañar y auxiliar en sus trabajos á la francesa. Compusieronla los célebres marinos españoles don Jorge Juan, París, y don Antonio Ulloa de la real sociedad de ciencias de Londres.

Salió de España nuestra comision científica por mayo de 1735 y regresó ufana, resuelto el arduo problema, corriendo el año de 1746, unas de once años de desvelos y penalidades coronadas por el éxito mas satisfactorio y completo!

Por noviembre de 1736 fijaron ambas comisiones, la francesa y la española, la base de las operaciones trigonométricas en Yaruquí. La distancia en línea recta desde Oyambaro, término austral de la base, y Caraburo, término boreal, hallóse ser de seis mil doscientas setenta y cuatro toesas y seis líneas. Para completar el triángulo, la señal del vértice del ángulo opuesto á la base, establecióse en la aislada montaña de Pambamarca donde se hallan aun hoy los restos de un pucará ó fortaleza indígena.

Por lo demás las operaciones trigonométricas y las observaciones astronómicas hechas en el Ecuador dieron por resultado determinar el valor del grado terrestre contiguo al Ecuador, en 53.767,788 toesas; y como la medida simultánea del grado terrestre polar hallóse ser de 57.437,9, y la intermedia ejecutada despues en París de 57.030,0, toesas, sacóse por conclusion, que, no siendo iguales los grados del meridiano terrestre, no podia ser la tierra perfectamente esférica, y hallándose menores al paso que están mas próximos del Ecuador, el planeta que habitamos, es un esferoide dilatado en el Ecuador y achatado en los polos, figura próximamente igual á la de una naranja, ó en términos matemáticos que el diámetro del Ecuador es mayor que el eje de la tierra; cuya

conclusion es una prueba espermental de la teoría de Newton fundada en las observaciones del péndulo. La gran ley de los mundos quedó fuera de duda.

Para recordar la resolucion del gran problema levantáronse las dos pirámides de Yaruquí; pero la vanidad humana inspiró á los académicos franceses no solo injustificado olvido, sino términos poco felices al redactar la leyenda conmemorativa que se grabó en la lápida de mármol colocada en las pirámides. Esto dió origen á disgustos graves, y que la audiencia de Quito decretase que conservándose solo las bases, fueran demolidas las dos pirámides, cuyas inscripciones lastimaban la justa susceptibilidad de la hidalga nacion española y del soberano que la mandaba.

Rocafuerte, efímero presidente de la república ecua-



EL PALACIO VIEJO, EN FLORENCIA.

vida, el perfeccionamiento del nivel para la traida de aguas de lejanos parajes, dar paso á los mares y mudar el curso de los ríos.

Tan apremiantes necesidades impelieron á Mr. de Maurepas, ministro de Marina de Francia, á decidir á su monarca, Luis XIV, al costeamiento de dos misiones científicas que midieran, la una, lo mas próximo posible al polo, y la otra, debajo del Ecuador, grados del meridiano terrestre. Compuso la comision del polo Mompertius, Clairaut, Cames, le Monnier y Outhier, académicos franceses; y la del Ecuador, Godin, Bouguer y la Condamine, miembros de la misma academia francesa.

Decidió la segunda comision establecer la base de las observaciones y operaciones en la ciudad de Quito, perteneciente entonces á los dominios españoles. Otorgó-



VIAJE AL ECUADOR.—PUENTE DE PENIPE.

por recuerdos de mal disimulados celos y envidias indignas de una gran nacion. Pues que, ¿por que se omitan deliberadamente los ilustres nombres de Jorge Juan y Antonio Ulloa en una mezquina plancha de metal enterrada bajo una mas mezquina masa de ladrillo, en la apartada llanura de Yaruquí, dejarán de quedar eterna-

mente grabados en los anales de la ciencia, los trabajos científicos que en esta entonces tierra de España ejecutaron? ¿No viven acaso, en las inmortales obras que escribieron? ¿Pues, y la falsia no está completamente comprobada en los anales de la audiencia de Quito, y el historiador quiteño don Juan de Velasco no consigna en el tomo III página 57 de su historia de Quito, los justos motivos de aquella audiencia para decretar fuesen demolidas las pirámides? ¿Por qué, pues, atribuir este hecho á los monarcas españoles que se asociaron á la expedicion científica é hicieron iguales sacrificios pecuniarios que la Francia para llevarla á feliz cima y remate?

A la nacion española le sobran glorias para que necesite engalanarse con las ajenas; pero jamás consentirá se le roben las adquiridas porque son legítimo patrimonio de sus hijos.

No pude menos de manifestar con este motivo á los ecuatorianos que entonces me acompañaban en la visita á las pirámides, que los americanos, se presentaban con frecuencia á mi vista, no como hijos legítimos, sino como hijos bastardos de España, indignos por su conducta del aprecio de una nacion hidalga.

Dejamos á Yaruquí para visitar el Pucará de Pambamarca. Nada notable encierra mas que el recuerdo histórico de que ya he hablado y el magnífico panorama que de allí disfruta el viajero. Contempla sorprendido mirando al septentrion, el soberbio y elevadísimo *Cayambe*, de cónica forma y de nieve perpétua cubierto, semejante á un gigantesco monumento, de purísimo alabastro fabricado, erigido bajo la misma línea ecuatorial por la mano del Criador, para servir de aledaño divisorio entre los dos polos del mundo. En la

de una urna pequeña, una plancha de metal con la siguiente inscripcion:
«Los académicos franceses, los señores Luis Godin, Pedro Bouger y Carlos María de la Condamine, mandados por Luis XIV rey de Francia y bajo el ministerio, del señor Maurepas, levantaron estas pirámides en el mes de noviembre de 1736; fueron destruidas por orden de los reyes de España; y restablecidas cien años despues en noviembre de 1836 en los mismos puntos determinados por los académicos de Francia, de orden del Excmo. señor Vicente Rocafuerte, presidente de la república del Ecuador, siendo ministro de relaciones exteriores el honorable señor general Antonio Morales. En este mismo tiempo se hallaba ocupado el trono de Francia por su magestad Luis Felipe rey de los franceses, el presidente de su consejo de ministros era el señor Thiers, y se hallaba en la capital de Quito el señor don Juan Bautista W. de Menville, cónsul de Francia en la república del Ecuador. Esta plancha fue tirada y grabada en la casa de moneda de Quito el 20 de noviembre de 1836, siendo primer director de ella el señor Alberto Zalazca; y fue colocada en la basa de esta pirámide el 25 del mismo mes de noviembre y del mismo año de 1836 »
No sé qué admirar mas, si la ridicula idea del pobre Rocafuerte, pretendiendo borrar con una omision y una falsia, hechos históricos trazados ya con caracteres indelebiles en páginas inmortales, ó la debilidad del representante francés y su gobierno consintiendo y autorizando esta omision y esta falsia



EL DOCTOR E. JENNER.

ladera de este colosal monte destácase como un punto el pueblecillo de Cayambi, y la colinita donde los aborígenes levantaron un templo al Sol: todavía se ven hoy sus ruinas que son de forma circular y de unos cincuenta piés de diámetro. Mirando hácia el lado austral, preséntase el corpulento Antisana, cuyas anchas faldas se estienden hasta los bosques de Quijos. En ellas se encuentra el famoso *tambo de Antisana* elevado catorce mil setecientos sesenta y siete piés sobre el nivel del mar, uno de los puntos del globo donde viven los hombres á mayor altura. Finalmente el Guamani y el Pichincha, el Mojanda, Cangagua y Sincholagua limitan todo aquel horizonte, cuyo valle intermedio aparece cubierto de quintas rodeadas de jardines y de frondosos arbolados, semejantes á alegres oasis, colocados en estensísimas praderas animadas con numerosos rebaños de mansos corderos, crecidas vacadas y no pequeño número de potros y caballos.

Al abandonar el Pucará de Pambamarca resolvimos volver á Quito pasando antes por el pueblecillo de Quinchi, donde se halla el célebre santuario de la virgen del Quinche. El templo es de piedra, ladrillo y cal, tiene una elegante torre y el interior está primorsamente decorado. A este santuario concurren peregrinos de toda la república. En las calamidades públicas traen la imagen de la Virgen en procesion desde la iglesia á Quito. Compónese esta festividad de millares de devotos, que hacen el viaje á pié y rezando, recorriendo en dos dias cerca de cinco leguas de distancia que media entre el santuario y Quito, á donde yo y la comitiva que me acompañaba regresamos el 15 de julio de 1857.

J. DE AVENDAÑO.

BIBLIOGRAFIA.

MEMORIAS DE LA REAL ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

EL ARTE LATINO-BIZANTINO EN ESPAÑA Y LAS CORONAS VISIGODAS DE GUARRAZAR; ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO, POR DON JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS, DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL, ACADÉMICO DE NÚMERO DE LA DE TRES NOBLES ARTES DE SAN FERNANDO, ETC. (*)

Entre los grandes vacíos que hace no muchos años encontraban los amantes del arte en la historia del de nuestra patria, era el mas notable, por las mayores dificultades que presentaba el llenarle y por la oscuridad que le envolvía, el período que mediaba desde el siglo IV al siglo VII de nuestra era; no presentando menos dificultades el enlazar la historia del arte desde que la monarquía visigoda se hundió en las márgenes del Guadalete hasta su restauracion en las montañas asturianas. Laudables esfuerzos se habian hecho por entendidos anticuarios, y puede decirse que apartó el primero la oscura niebla que envolvía esta época, el diligente cuanto modesto anticuario don Manuel de Assas, á quien tanto debe en nuestro país este importante ramo de las ciencias históricas.—En los seis artículos que á este período consagró en el *Album artístico de Toledo*, que en 1848 publicaba, ya enunció juiciosas observaciones acerca de él, que le valieron las merecidas aprobacion y alabanzas del ilustrado autor de la Historia de nuestra arquitectura don José Caveda, observaciones que amplió, ilustrándolas con oportuna erudicion en los artículos que el mismo señor Assas publicaba en 1857 en el *Semanario Pintoresco Español*, fijando los caracteres peculiares del arte en esta época, y citando los monumentos que hasta entontes habian podido llegar á su noticia.

Pero mientras tan laboriosas investigaciones tenían lugar, otro célebre escritor tan conocido en el ameno campo de la literatura como en el de las difíciles disquisiciones históricas y en el conocimiento de nuestras artes, se ocupaba despues de haber iniciado las mismas ideas del señor Assas en obras como la Sevilla y la Toledo pintorescas, en hacer profundos estudios acerca de ese mismo período consagrando á ilustrarlo y esclarecerle las escasas vigiliias que obras de gran importancia y trascendencia le permitian. Por ventura, cuando el reputado académico cosechaba importantísimas noticias para esclarecer cuanto pudiera decir relacion á aquel período del arte, los primeros descubrimientos de Guarrazar, avivando mas y mas su celo artístico, fueron causa de que pudiese ampliar sus investigaciones, y viendo confirmadas sus congeturas, prestase importante servicio á la ciencia y á su patria, con las escavaciones que de orden del gobierno practicó en union de un joven orientalista tan modesto como ilustrado (1). La pérdida de las célebres coronas halladas en Guarrazar le hizo trasladarse para estudiarlas al Museo de Cluny; y ya se disponia á presentar á los amantes del arte el sazonado fruto de tantas investigaciones, cuando el feliz acontecimiento de que dimos cuenta á nuestros lectores en este mismo periódico, la ofrenda presentada por el labriego Domingo de la Cruz á S. M. la reina, de nuevos é importantes objetos pertenecientes al tesoro de Guarrazar, le hicieron ampliar su trabajo para ocuparse en el

del exámen de tan ricas alhajas, asi bajo el aspecto del valor intrínseco como de su gran valía artístico-arqueológica.

Despues de esta narracion casi deberíamos escusarnos de consignar el nombre del que tan importante trabajo estaba prestando para la ciencia; bien habrán comprendido los que dedicados á este linaje de estudios siguen sus adelantos paso á paso, que nos referimos al señor don José Amador de los Ríos, digno decano de la facultad de letras en la Universidad Central.

Conociendo la importancia de los trabajos del docto académico deseábamos ver publicado el que motiva estas líneas; y asi cuando se sirvió honrarnos remitiéndonos un ejemplar de la obra con cuyo título las encabezamos, sentimos un verdadero placer que comprenderán bien los verdaderos amantes del arte. Contribuia no poco á aumentar nuestro contento el ver que esta obra llamada modestamente *Ensayo* por su autor, se publicaba por la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, como la primera de las memorias que ha de ir dando á luz sucesivamente, confirmando de este modo tan ilustrado y respetable cuerpo, que no solo presta importantísimos servicios para el arte con la educacion artística de una entusiasta juventud, sino que al mismo tiempo en sus tareas académicas puede colocarse á la altura de las primeras academias del reino y del extranjero.

Nuestra satisfaccion subió de punto, cuando entramos en el estudio y exámen de la obra, pues despues de su publicacion queda la historia del arte dignamente enriquecida, y patente, sin género de duda, cuanto se refiere al período artístico que comprende en España la época visigoda y los primeros siglos de la restauracion.

Tarea larga y superior á nuestras fuerzas seria presentar á los lectores de EL MUSEO un detenido analisis de la nueva obra con que ha justificado mas y mas el señor Amador de los Ríos su merecido renombre. Procuraremos, sin embargo, dar una ligera idea de ella, para que nuestros lectores puedan tenerla de su importancia.

Empieza el docto académico presentando en una introduccion escrita como todo el libro con el clasicismo que le es tan peculiar, la noticia del descubrimiento de las coronas visigodas anunciado por la prensa científica de Francia, el efecto que esta noticia produjo en España, los reconocimientos y escavaciones practicadas por el autor en calidad de comisionado del gobierno y de la Academia de la historia, en Guarrazar; y despues de ocuparse con admirable crítica en la descripción del tesoro hecha por Mr. de Lasleyrie, y de enunciar la errada teoría sobre el arte que las coronas representan emitida por el ilustre extranjero, asienta con la conciencia del verdadero historiador la necesidad de impugnarla en nombre de la misma verdad histórica, y fijando el objeto de su libro, ofrece el plan y distribucion del mismo, marcando el círculo á que principalmente se refieren sus investigaciones.

De las siete partes en que divide su importante trabajo, tiene la primera por objeto el dejar plenamente comprobada la existencia del arte visigodo con todo linaje de documentos; la segunda señalar las fuentes de ese mismo arte dentro y fuera de la civilizacion de aquel período, y determinar los caracteres que se hallan en sus escasas reliquias, asignándole el título que filosóficamente le corresponde: propónese describir en la tercera los fragmentos arquitectónicos descubiertos hasta ahora en Toledo; y ofreciendo dar á conocer en la cuarta el resultado de las escavaciones verificadas de orden del gobierno en las huertas del Guarrazar; propónese en la quinta el señor Amador el exámen descriptivo de los objetos del tesoro conservados en el museo de Cluny; asi como en la sexta parte de su *ensayo* la descripción de los demás objetos presentados últimamente á la reina y la fijacion de los caracteres artísticos é industriales de unos y otros monumentos, fruto de la cultura visigoda, ofreciendo por último, en la parte sétima una investigacion histórica relativa á los medios y á los procedimientos industriales empleados en la fabricacion de las coronas, deteniéndose en el uso y aplicacion del vidrio de colores, piedras preciosas y nácares ó madreperlas, cerrando todos estos estudios un resumen general destinado á consignar las legítimas consecuencias de las anteriores investigaciones, la íntima relacion que existe entre el arte visigodo y el tesoro de Guarrazar y la única y verdadera cultura que representa.

Apoyado en la vastísima erudicion que tanto distingue al reputado académico, amplía la primera parte de su trabajo, comenzando por presentar, pero de la manera digna que sabe hacerlo, el error general de los arqueólogos extranjeros, que han desconocido por completo la existencia de las bellas artes en la monarquía visigoda; y pasando á probarlo de una manera concluyente, valiéndose de los conocimientos que tanto le avaloran en la historia de nuestra literatura, demuestra con el libro de las etimologías de San Isidoro el conocimiento que tuvieron los visigodos españoles de todo género de monumentos asi en edificios sagrados y profanos como particulares, no solo en lo relativo á la construccion sino tambien en la decoracion. Descendiendo despues á examinar los monumentos que aquella dominacion dejó en Toledo, va examinándolos guiado siempre por multitud de noticias históricas, la mayor parte de las veces muy poco conocidas de la generalidad, y hace estensivo este exámen lo mismo á los productos de la arquitectura mi-

litar que á los de la religiosa y civil, deduciendo de tan sólidos fundamentos con una certidumbre que pudiese lo mismo á historiadores nacionales que á su procreancia de los extranjeros, fueron cultivadas en nuestra península durante la monarquía visigoda.

Una vez asentada esta importante conclusion, necesario era conocer las fuentes del arte propio de aquella civilizacion que dejó tras de su paso tan importantes como poco apreciados monumentos; y esta lo hace con la misma erudicion y copia de datos que en toda la memoria sobresale, demostrando que los bárbaros del Norte carecieron de bellas artes; que sorprendidos por el espectáculo que con su brillantez les ofrecia el antiguo mundo, los que mas de cerca pudieron sentir el influjo de la civilizacion romana, los ostrogodos y los visigodos, trataron de imitarla, distinguiéndose en tan noble anhelo Teodorico en Italia, Aulfo en España, el cual aspiró al título de Augusto, dejando digno ejemplo á sus sucesores que á la verdad no olvidaron ninguno de ellos.

En llegando á este punto asienta el autor de esta preciosa obra, una importante teoría, acerca del arte que debia cultivar no ya solo la grey visigoda, sino la grey hispano-latina, cuya existencia, segun atinadamente dice el señor Amador, olvidan ó desconocen cuantos extranjeros han tocado estas materias. «Aunque dominada por la fuerza y reducida á servidumbre, continúa el diligente investigador, la raza hispano-latina, no renuncia á sus tradiciones, como no abjura de su credo: padece, lucha y vence al lado del sacerdocio católico: vive su vida intelectual; obedece sus inspiraciones, y dócil á su voz levanta basílicas, erige hospicios y xenodoquios, y fabrica monasterios. Al realizar todas estas obras no pide á los visigodos un arte que no podian ministrarle: depositaria de las tradiciones artísticas de la antigüedad, las aplica á las construcciones que levanta sometiéndolas no obstante á la nueva ley de vida que en la religion católica reconoce, conforme á las prescripciones del rito y de la liturgia y al fin útil de los edificios debidos al ejercicio de la piedad cristiana. Cuando perseguido en su episcopado, busca este asilo en las provincias que desde los tiempos de Athanagildo reconocian el imperio de Bizancio, ó acude á la misma Constantinopla para demandarle hospitalidad, siéntese fortalecida con la ciencia de sus hermanos de Oriente, admite con respeto sus instituciones monásticas y no esquiva renovar sus tradiciones artísticas con las conquistas de aquel arte que tantas maravillas creaba á la sazón en la corte de Constantino.» De este modo establece el señor Amador de los Ríos la doble fuente de esa arquitectura á la que asigna nombre, llamándole arte latino-bizantino; y examinando los elementos de ella y su carácter, deduce con exacta consecuencia el influjo que habia de ejercer en las artes secundarias y especialmente en la orfebrería, cuya tradicion encuentra conservada al través de los siglos en la monarquía asturiana á cuyo propósito examina las cruces y el arca de las santas reliquias de Oviedo, deduciendo de su exámen al mismo tiempo que atinadas observaciones indumentarias, la proposicion que pudiéramos llamar axioma de que la tradicion artística de la antigüedad no se interrumpe en la península ibérica.

Dilucidados ampliamente todos estos extremos, pasa en la tercera parte de su estudio el diligente historiador á dar detenida cuenta y á hacer analítico exámen de todos los fragmentos arquitectónicos del arte latino-bizantino que se conservan en Toledo, prestando al hacerlo gran servicio á la ciencia arqueológica, y haciendo juiciosas observaciones sobre el decorado de aquel arte, que desconocido de los extranjeros que tratan de nuestras antigüedades fue cultivado con esmero durante la monarquía visigoda.

Preparado con tan sólidas bases entra el juicioso crítico á examinar y dar cuenta de las escavaciones de Guarrazar, describiendo de la manera que él sabe hacerlo aquel valle y huertas, y estableciendo de un modo indubitable que justifica con bien grabados planos del terreno, la existencia en él de un antiguo oratorio ó basílica y un cementerio adjunto á la misma. Examinada la construccion de ella, encuentra en sus carcomidos cimientos el testimonio de su antigüedad como perteneciente al arte latino bizantino, y justificando su atinado juicio con una importante lápida funeraria hallada en el cementerio, pasa á examinar diez y siete trozos de ornamentacion hallados en las mismas escavaciones que bajo la direccion del entendido académico se hicieron, demostrando con ellos y la comparacion que hace entre los mismos y los anteriormente conocidos la idea que viene siendo constante objeto de su trabajo: la no interrumpida tradicion artística en el suelo de nuestra península.

Despues de estos precedentes ampliamente dilucidados y enriquecidos con vastísima erudicion, pasa al exámen del tesoro de Guadamur, pero antes de entrar en él, para que sean mas fructuosas sus disquisiciones, presenta curiosas y atinadas noticias acerca del fausto y ostentacion de los reyes visigodos que justifica con repetidas citas de escritores árabes, dando á seguida exacta idea de la gran riqueza de aquel tesoro. Eruditas noticias consigna despues acerca del uso de las coronas y la costumbre de consagrarlas á la divinidad, costumbre

(*) Madrid, en la Imprenta Nacional, 1861.—Un volumen en folio.

(1) Don Emilio Lafuente Alcántara.

que aceptada por los pueblos septentrionales introducida en la España visigoda y propágase á los primeros siglos de la reconquista. Justificadas con repetidas citas de escritores coetáneos estas conclusiones pasa á definir la significación artístico-arqueológica de las coronas descubiertas en Guarrazar; asentando, que fijadas las anteriores premisas históricas no será aventurado el afirmar que las coronas del tesoro de Guarrazar representan y personifican durante la monarquía visigoda la piadosa costumbre de ofrendar las coronas á la divinidad, práctica que de los reyes hubo de pasar bien pronto á los prelados y magnates.

La descripción de las conservadas en Cluny ocupa en seguida al ilustrado escritor; y despues de restituir á una de ellas la cruz pendiente que le pertenecía, y que con indisculpable ligereza se ha colocado en otra, examina las coronas que no pudieron ser ornamento personal como la de Recesvinto, sino simplemente votivas, y despues de determinar su mérito y significación artística hace igual exámen de las de enrejado, determinando que son también simple ex-voto y que en su diseño no se encuentra ningún arte extraño, sino únicamente un elemento decorativo del mismo arte latino-bizantino que dió vida á las demás coronas.

La descripción de los nuevos objetos artísticos del tesoro de Guarrazar presentados á S. M. la reina ó adquiridos por el gobierno, forma despues el objeto de las ilustradas tareas del académico; descripción que enriquece con importantes observaciones no solamente artísticas sino también industriales.

La última parte de este notable libro está consagrada á deducir consecuencias de los estudios anteriores, demostrando que la teoría de Mr. de Lasteyrie acerca del origen germánico que atribuye al vidrio rojo *cloissonné* es ineficaz respecto á las artes clásicas, dando amplia noticia del vario empleo que hicieron los antiguos del vidrio de colores, la comun falsificación de las piedras preciosas, cómo se propaga su uso al arte cristiano y á la monarquía visigoda, el estrecho maridaje del oro y las piedras preciosas y su propagación en España, deduciendo de todo que sin necesidad del peregrino arte germánico de Mr. Lasteyrie cuantos caracteres hallamos en las coronas de Guarrazar «se hermanan y adunan con las tradiciones de que recibe el arte latino-bizantino vida y fomento, constituyendo un cuerpo de doctrina de no fácil destrucción pues que se apoya al par en la historia y en la filosofía.»

Un general resumen de estos estudios termina el importante libro que nos ocupa, aumentándole nuevo valor con las reflexiones que añade acerca del carácter de la nación española en la monarquía visigoda, la influencia oriental que se nota en sus costumbres, y el uso de los bizantinos clamasterios; terminando con asentar la unidad de los elementos que revela el tesoro de Guarrazar y los propios de las artes visigodas, elementos que con la indestructible fuerza de la tradición se conservan en los monumentos de la monarquía asturiana.

Tal es en brevisimo resumen el vasto campo que recorre en su precioso libro el señor Amador de los Rios; libro cuyo estudio ilustra y facilita con seis preciosas láminas admirablemente grabadas por el señor Ancelet y que como ya hemos indicado, bajo el modesto título de ensayo forma un completo tratado del arte latino-bizantino en España, llenando puede decirse que por completo, el gran vacío que acerca de este período venia notándose en la historia del arte.

Nada vale en verdad nuestro pobre juicio ni menos nuestra modesta felicitación; pero de cualquier modo emitido el que esta importante obra nos merece, solo nos resta felicitar en nombre de los amantes del arte al señor Amador de los Rios por su importantísimo libro y á la Real Academia de San Fernando que tan dignamente inaugura la publicación de sus memorias.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

LA TEMPESTAD.

(IMPRESIONES).

Me hallaba en uno de esos pueblos que tendidos en las risueñas orillas del Jalon, asoman sus pintorescos edificios por entre verdes viñedos y olivares ó trepan á la cumbre de las colinas como si quisiesen contemplar de mas alto el precioso paisaje que les rodea.

Era una tarde de setiembre: de esas tardes en que el sol, cercado de un celaje blanco, parece recobrar nuevas fuerzas, dejando caer sus rayos sobre la tierra agostada, de esas tardes en que la naturaleza muerta al parecer por el estío pierde en un momento los soplos de vida que durante la noche le habian devuelto las brisas del otoño.

Algo de extraño se verificaba en torno mio.

Los campesinos se retiraban apresurados á sus viviendas, el pastor corría á encerrar su ganado en el redil y los alciones cruzaban rozando con el suelo y dando agudos chillidos.

Era que se acercaba la tempestad.

Fenómeno terrible y grandioso que nunca habia contemplado de cerca pero cuyos secretos deseaba comprender.

¡La tempestad!

Cuántas veces en mi niñez, al escuchar el lejano rugido del trueno, volvíame aterrado hácia la bóveda celeste como para interrogar por su verdadero origen al eco de aquel grito espantoso, y al contemplar las apiñadas nubes revolviéndose en monton y surcadas por rebugeros de fuego, corría temeroso á esconder mi infantil cabeza en el regazo de mi madre.

La tempestad habia tenido siempre para mí, un no sé qué de terrible y magnífico que me amedrentaba y atraía á la vez.

Deseaba contemplarla y nada mas oportuno que aquel momento en que comenzaba á estenderse.

Tomé, pues, un grueso baston y me dirigí á la campiña.

Crucé los campos, atravesé por entre bosques de olmos y olivares, cuyas pomposas vienen á retratarse con todos sus perfiles y cambiantes en el diáfano cristal del rio, y por último me hallé entre áridas montañas cubiertas por el romero y el tomillo.

Allá, casi sobre mi cabeza, como un nido de águilas incrustado en las rocas, columbré unas viejas ruinas que mas de una vez habian llamado mi atención.

Eran los restos de la antigua *Chodes*.

La inespugnable villa árabe al pié de cuyos muros pasaron como una tromba y en varias ocasiones los soldados de Pedro I y Alfonso el Grande y que ahora solo presenta un informe monton de escombros habitados por el buho y el estornino.

Aquel sitio fue el elegido por mí para presenciar el terrible combate á que se aprestaban los elementos y comencé á trepar por el cenagoso cauce de un barranco hasta llegar al pié de la colina, en cuya escarpada cumbre se asentaban los restos de la villa.

Con no poco trabajo y peligro pude al fin asirme á las piedras salientes, y como quien escala una tapia subí á lo alto, teniendo á mis piés una enorme profundidad donde se veía el rio y sus verdes orillas, como una cinta de plata.

El mas pequeño descuido y todo habria concluido para mí.

Por último, halléme en lo alto, hice un nuevo esfuerzo, me apoyé con brio en un ángulo saliente del muro y salté dentro del ruinoso patio del castillo.

El corazon me latía con violencia: tal vez era yo el primero, despues de largo tiempo, que visitaba aquellos sitios.

Recorrílos ansioso y nada hallé sino piedras caídas, paredes amenazando ruina y restos de una desmantelada torre de homenaje, al pié de la cual dos negras y hondas cavernas cavadas en la peña dejaban adivinar la existencia de anteriores mazmorras; mas abajo y por entre las quebraduras del monte, veíanse como nidos abandonados, ruinas de edificios y murallas, y allá, en el fondo, praderas sin límites, surcadas por el Jalon, verdes colinas coronadas de viñas y olivares ó altísimos montes cubiertos de pinos y encinas, y salpicando este paisaje, preciosos lugarejos de blancos y pintorescos edificios ó rojizos torreones de alguna desmantelada é histórica fortaleza.

En una elevada plataforma á la que daban abrigo las paredes del torreón cubiertas de hiedra, me coloqué á contemplar absorto el magnífico espectáculo que se presentaba á mi vista.

El cielo aparecia límpido, pero su azul habia tomado los tintes del ópalo. Allá, en frente de mí, estendia sus pliegues la tempestad, amenazadora y terrible y solo un sordo y lejano rugido daba á conocer que se aproximaba.

La naturaleza parecia dormida: ni un soplo de viento venia á estremecer los cardos silvestres que se hallaban á mis piés.

Poco á poco, el sol perdió su brillo y sus rayos de oro fueron sustituidos por una luz blanca que se trocó luego en azulada.

Una bandada de alciones y golondrinas llegaron dando chillidos, hasta tocar en la peña donde estaba sentado y luego se perdieron en el espacio con la velocidad de una flecha.

Las nubes avanzaron bullendo en confusión como una columna de humo espeso y ceniciento.

El rugido comenzó á hacerse mas notable; una ráfaga de aire llegó á chocar contra las rocas, arrojándolas de paso gruesas gotas de lluvia.

La hora del combate se acercaba.

El cielo habia desaparecido tras un manto verdoso.

El viento sopló con fuerza como queriendo arrancar las peñas.

Una sierpe de fuego cruzó por el espacio y un terrible estallido vino á estremecer los montes y los valles.

El genio de la tempestad estendió sus brazos, el huracan desplegó sus alas y la borrasca sacudió su cabellera.

Un vapor negro y denso cubrió el horizonte; entonces dió principio la lucha.

Las nubes se desgarraron, dando paso á torrentes de agua; el granizo cayó con fuerza; el viento arrastró las plantas que arrancadas de su raiz, rebotaron de peña en peña envueltas por el torbellino, los relámpagos cruzaban el éter como cintas de fuego y el fragor del trueno hacia retremblar la montaña.

Me encontraba en medio de la tempestad.

El agua empapaba mis vestidos y el huracan agitaba mis cabellos y se estrellaba sobre mi frente co-

mo para castigarme por querer sorprender sus secretos.

Entonces pensé en Moisés y el Sinaí, representóseme el terrible momento en que Dios aparecia al pueblo israelita para entregar sus tablas al Pastor-legislador, recordé á Faraon y el Mar Rojo, á Baltasar y su sacrilego convite, y en medio de aquella lucha tenaz y espantosa creí escuchar la voz del Eterno retumbando en las nubes; creí ver sus brillantes miradas entre los relámpagos, las lágrimas del entusiasmo rodaron por mis mejillas... quise orar y caí de hinojos ante tanta grandeza.

Mil pensamientos, nuevos para mí hasta entonces, cruzaron por mi mente, y allí, cercado por la tormenta, inclinada la frente sobre la roca, ageno á cuanto me rodeaba, pasé un largo rato que solo me pareció un instante.

El aire calmó por fin sus furores, el agua dejó de caer con fuerza, los truenos se alejaron, y en la negra bóveda aparecieron las vivas fajas del iris, pintadas por el dedo de Dios como para recordar al hombre sus alianzas.

El huracan se tornó en dulce brisa; las nubes se replegaron y tras ellas volvió á asomar el firmamento mas puro y brillante, y en él, los refulgentes rayos del sol, que al herir los bordes de aquellas, convertian su engrura en nacar con perfiles de oro y grana.

Los pájaros corrieron á revolotar entre las flores como para ayudarlas á salir del cieno que las envolvía y los torrentes brillaron por las vertientes de las montañas como hebras de plata esparcidas por el genio de las tormentas.

Todo habia terminado.

Bajé de las ruinas, salté las rocas y crucé el llano con dirección al pueblo, meditabundo y silencioso.

Estraños pensamientos se agitaban en mi mente.

Juzgábame en aquel instante, mas fuerte, mas dichoso; el ángel de las tempestades habia estado junto á mí, acababa de contemplar el espectáculo mas grandioso de la naturaleza.

Parecíame que la SUMA DIVINIDAD habia pasado junto á mi frente al rugir del huracan!...

¡Aun resonaba en mis oídos el eco de aquella voz que estremecía los cimientos del mundo!

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

UNA CITA EN EL DESIERTO.

I.

¡Mujeres africanas! vosotras sabeis amar como el sol ama á la creación: vosotras sabeis entregaros sin hipocresía á la pasión que os domina, y reflejar en una mirada centellante el fuego que os consume. ¿Quién seria capaz de hacer que vuestra fisonomía, ligeramente bronceada, que vuestros ojos, brillantes como una gota de tinta, no reflejasen el amor que os inspira la bazarria y el salvaje continente del árabe que pasa por delante de vuestro aduar en su caballo, ligero como un fauno, llevando las pieles de los tigres que ha cazado entre las palmeras ó los despojos de sus correrías? Vosotras llevais el corazon en el rostro, que ora se tiñe con el color mate de la melancolía, ó con las tintas mágicas que la felicidad vierte sobre él. Vosotras no sois hipócritas, porque para serlo era preciso que estuvierais como las estatuas, con los ojos muertos, que careciérais de esas pupilas que no saben estar fijas cuando os inquieta la suerte de vuestros amantes, que no saben estar inquietas cuando su nombre os absorbe el pensamiento; en fin, que vuestros ojos, á pesar de ser negros como una noche tempestuosa, no reflejaran todos vuestros sentimientos, todas vuestras ardientes pasiones...

II.

Es de noche. La luna ruborizada por el beso que Febo imprime en su pálida frente, parece levantarse del lecho de los desposados, para compartir con la naturaleza su amor y su felicidad.

Musa de las almas sensibles, la africana la ve aparecer sobre su cielo de zafir, y la saluda con emoción.

Y es que la luna, en aquel clima de fuego, refresca la sangre que hace hervir el astro del día en aquellas naturalezas de fuego, violentas como el *simoun*, calmando los atropellados latidos de sus vírgenes corazones. La luna es el oasis de la noche; fuente que brota en el firmamento, y que envía en cada uno de sus tibios rayos, un raudal para mitigar la sed de amor.

Su luz dibuja fantásticamente las palmeras, entre cuyas hojas suspira la brisa melancólicamente, y hace que el desierto se ofrezca á la vista como ligeramente nevado.

El árabe apresta sus camellos y levanta sus tiendas. Su caballo, ágil como un ciervo, relincha con alegría cuando su dueño se aproxima y le monta, y la comitiva se pone en marcha cantando un himno sagrado.

Tribus nómadas, ignoran el sitio donde han nacido, á dónde van, y qué les espera.

Son como los mástiles y las tablas del buque que naufragó, y que sobrenadan á merced del capricho de las olas.

COMERCIO É INDUSTRIA AMBULANTE DE MADRID.



COMPONER SILLAS... EL SILLERO...



BOQUILLA Y PIPE VENDO. ¿QUIÉN ME COMPRA UNA?

La patria del árabe, es su caballo y su espingarda. Su país no tendría para él ningún encanto, si le faltara lo primero sobre todo. En tonces en vano el desierto le ofrecería una inmensa lontananza: en vano sin lo segundo buscaría el botín del combate, tanto mas apreciable á sus ojos, cuanto mas la sangre le ha salpicado: su rabia sería igual á la de la leona que la cortasen sus garras, y se viera precisada á llevar alimento á sus cachorros.

III.

El sol descende magestuoso como un globo de fuego, dorando con sus rayos los aduares de Zeith, que parecen presos de las devoradoras llamas de un incendio. A lo lejos dibújense las siluetas de las montañas del Atlas, como otros tantos gigantes que quisieran sorprender los misterios del gran desierto de Sahara, que se estienda mas allá de sus plantas, como una inmensa franja de oro.

El árabe sentado á la puerta de su tienda, contempla las ricas tintas de la naturaleza, que inflaman su poética imaginación, y en tanto fuma tranquilamente el soporífero *kiff* que absorbe á grandes bocanadas.

De cuando en cuando sus grandes párpados se entrecierran perezosamente, y al alzarlos de nuevo, se ve que sus pupilas languidecen como una estrella con los primeros albores de la mañana.

Son los mágicos efectos del *kiff* que le trasportan al cielo de sus ambiciones, como la inspiración lleva al poeta, á los infiernos como á Dante, ó al Paraíso como á Milton.

El árabe apasionado realiza, embriagado por el *kiff*, sus arranques de amor.

El pensamiento le empuja, con mas rapidez que el caballo de Pecopin, hasta el solitario oasis, donde vió por primera vez á la que le cautivó el corazón.

Allí, las erguidas palmeras y una yerba suavemente húmeda y perfumada, ofrecen á los amantes un pabellón riquísimo que hace impenetrables los rigores del sol, y una alfombra mejor que las que se tejen en Persia para los harenes imperiales.

El cincelado cuerno de búfalo desborda el agua cristalina que contiene, y que sirve para refrescar los labios.

que la pasión reseca, como el rayo del sol el entreabierto cáliz de las flores.

Libras como el águila que se cierne en el espacio, enamorados como las tórtolas que se arrullan en los bosques, felices como los blancos corderos que triscan en el prado, celosos como las palomas, el *kiff* realiza con una sola bocanada el primer sueño del adolescente, en que el amor llena el mundo con sus perfumes.

El árabe ambicioso conquista por medio de él, cuanto apetece; su alfanje y su espingarda le ayudan á dispersar la caravana que peregrina hácia la Meca, dejando en su poder las ricas ofrendas que llevan al santuario.

Pero hé aquí que separando con su mano la espalda del árabe que presentamos sentado, á la puerta de su tienda, y que fuma apáticamente el *kiff*, aparece una jóven con sus cabellos negros medio recogidos entre los pliegues del turbante, con sus brazos descubiertos, suaves como la piel del albérrigo, morenos y torneados como los de las estatuas egipcias, con su continente magestuoso y su traje pintoresco, realizando si es posible su belleza.

El árabe, cuya blanca y sedosa barba contrastaba con el atezado color de su rostro, inclinó maquinalmente hácia un lado su cuerpo para permitir el paso á la jóven que saltó como una corza el dintel de la puerta.

—¡Alá te guarde!—dijo despues tomando é imprimiendo un beso en la mano del árabe, que embriagado con el *kiff*, parecia no percibir nada de lo que pasaba en torno suyo.

La africana se lanzó en seguida hácia un árbol, donde estaban atados algunos caballos; puso al mas ágil un freno de anchas y entretrejidas bridas de colores, y pegando un salto con la ligereza de un acróbata, quedó magestuosamente montada en las anchas ancas del noble bruto que relinchaba alegremente como si estuviera orgulloso de su preciosa carga.

A los relinchos del caballo de Zaida, que así se llamaba la apuesta africana, el viejo fumador de *kiff* salió de su arrobamiento, y se puso en pié, aunque vacilando como un beodo. Como el que sueña todavía, dijo á su hija que detuvo las riendas de su corcel en el momento que aquel la dirigió la palabra.

—No los persigas, déjalos ya...

—¿Pero á quién? preguntó Zaida sin entender aquellas palabras.

—¿No tenemos ya un rico botín en nuestro poder? ¿No hemos recogido oro y plata en brazaletes y en monedas, sedas, perfumes y magníficas pieles de armiño, piedras brillantes, y todo lo que puede satisfacer nuestra ambición?

—¡Ah! está trastornado, dijo Zaida agitando sus bridas sobre la cabeza del hijo del *Simoun*, de su caballo, que salió como una ráfaga de viento que Eolo desencadenara. Y en tanto que las palmeras pasaban como un relámpago ante sus ojos, la africana se encorvaba cada vez mas sobre el alazan, animándole con sus gritos salvajes á que corriera mas y mas, porque su pensamiento ya habia llegado al término de su carrera, y el animal, entendiendo el lenguaje de aquella amorosa impaciencia, escapaba, escapaba y escapaba como un torrente que rompe su cauce, salpicando de espuma, semejante á los raudales de una catarata, el rostro y vestidura de la jóven que parecia caminar en una nube á causa del polvo que en los aires levantaba el galopar de su corcel.

La impaciencia de Zaida se esplicaba: su caballo tenia cuatro piernas ligerísimas, es verdad; pero el amor tiene alas, y alas mejores que las del águila, pues cruzan de un extremo al otro el mundo, si el objeto amado se halla en alguno de esos extremos.

Por eso su acicate se pegaba mas á los hijares del noble bruto, que únicamente con la rapidez del relámpago podría satisfacer sus exigencias. Aquella carrera en medio del desierto, cuando ya la tenue luz del crepúsculo dibujaba vagamente los objetos, tenia algo de misteriosa, algo de ideal y fantástica, como el sueño de un niño. Y en medio del silencio que reinaba, solo se oía un ruido sordo, cada vez mas lejano, como el redoble de un tambor que se apaga, y á intervalos un grito agudo, salvaje como el que produce la ráfaga del huracán que se estrella contra las cortadas paredes de una torre.

(Se continuará.)

EVARISTO ESCALERA.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG,
EDITORES. MADRID: PRINCIPE. 4.